NOTAS SOBRE LAS REGLAS CIERTAS Y PRECISAMENTE NECESARIAS PARA JUECES Y MINISTROS...
DE FRAY JERÓNIMO MORENO, O. P.

Alejandro MAYAGOITIA

SUMARIO: Introducción; I. Algo sobre el autor y su obra; II. Las Reglas ciertas de fray Jerónimo; III. Consideraciones finales.

INTRODUCCIÓN

Poco es lo que sabemos sobre los medios de control de funcionarios públicos empleados en la etapa virreinal. Fuera de lo que se refiere a las visitas y residencias —ciertamente medios bastante efectivos y estupendos— no se han explorado mayormente los temas vinculados con la ética profesional. Tampoco existen trabajos suficientes sobre la imagen social del jurista: ora como juez, como abogado o como funcionario.1 Creemos que no es necesario recalcar lo importante, amén de divertido, de este tipo de estudios. Sus fuentes, como es bien conocido por aquellos que se han acercado a la historia de las mentalidades, muchas veces no son jurídicas: manuales para confesores, sermonarios, obras literarias y artísticas, deben completar la exploración de normas y procesos.

Nuestro intento es dar a conocer un manual para confesores de jueces que nos permita aproximarnos a la situación de la impartición de la justicia que existía en una zona y época especialmente interesantes: Oaxaca a fines del siglo XVI y principios del XVII. Hoy en día creemos que hay mucho qué decir sobre la administración de la justicia en zonas de gran población indígena y, claro está, las aportaciones de nuestra disciplina no salen sobrando.

1 Uno de los trabajos más significativos sobre estos temas es el de Rípodas Ardanaz, Daisy; “Los sermones cuaresmales a la Audiencia de Buenos Aires y su propuesta de oidor ideal”, Revista Chilena de Historia del Derecho, núm. 12, Santiago de Chile, 1986, pp. 263-276.
Desde luego, no sólo queremos describir algunas de las conductas de los ministros de justicia, sino que dar a conocer un nivel de control especial de estos funcionarios y algo de lo que se esperaba de ellos tal y como podemos apreciarlo a través de una fuente quizá más viva que la legislación.

I. ALGO SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

Existen pocas fuentes sobre nuestro personaje. La más importante, y a quien siguen los autores posteriores, es la *Geográfica descripción* del célebre cronista oaxaqueño fray Francisco de Burgoa, O. P. (1681). En efecto, Beristáin, Carriedo, Gay, Peñaflor, Viñaza, Medina, Arroyo, Contreras, Malagón-Barceló y Grañén deben sus noticias, en última instancia, al padre Burgoa.3

Fray Jerónimo nació en Utrera, provincia y arzobispado de Sevilla, hacia 1561.4 Después de estudiar gramática con gran provecho, pasó a las


3 Burgoa, Fr. Francisco de, *Geográfica descripción de la parte septentrional del Polo Ártico de la América y nueva iglesia de las Indias Occidentales y sitio astronómico de esta provincia de predicadores de Antequera, Valle de Oaxaca...*, México, Imprenta de Juan Ruiz, 1674. Nuestra edición es la impresa por Talleres Gráficos de la Nación para el Archivo General de la Nación (México, 1934); la vida de Moreno en el t. I, pp. 246-257 (en adelante citada como Burgoa, Geo. Descr.).

4 Según Beristáin (*op. cit. loc., cit.*) murió a los 70 años de edad en 1631. Hay quienes dicen que su lugar de nacimiento fue Sevilla; así Arana de Varflora quien es recogido en López de
artes, donde brilló como especialmente apto para las dificultades e intrínsecas de la metafísica. Movido en buena parte por el ejemplo de un tío suyo, fray Pedro Moreno, dominico de autoridad y virtud en San Pablo de Sevilla, nuestro personaje decidió tomar el hábito en esa casa donde, después de un año de ejemplar noviciado, profesó con el aplauso general de la comunidad. Sus superiores, al darse cuenta de que Moreno poseía una preclara inteligencia, le enviaron a la Universidad de Salamanca. Aquí “...creció igualmente la opinión de virtuoso y de docto, y a esta fama le remitieron sus prelados, las reverendas para ordenarse hasta el sacerdocio, teniendo edad cumplida para hacerlo...”.

Al concluir sus estudios y ya sacerdote, Moreno recibió ofertas de dignidades las cuales rechazó por su humildad y por obedecer las órdenes de sus superiores que le enviaban de regreso a San Pablo. Su casa le ocupó en la lectura de artes, y el brillante desempeño de la cátedra le granjeó envidias y rencores, a pesar de los cuales, cuando concluyó el dicho curso, fue empleado como maestro de estudios. Este trabajo fue recargado con el de escribir la vida de fray Pablo de Santa María; la obra tan fue del gusto de sus superiores que se mandó imprimir. A pesar de su humildad, fray Jerónimo siguió sufriendo las contrariedades de la envidia por lo que decidió pasar como misionero a Indias. Así, en compañía de fray Antonio de la Serna, quien encabezaba la expedición, llegó a Oaxaca..., corría el año de 1595. Inmediatamente se ocupó en las labores del púlpito y fue con tanto aplauso que, al ocurrir la primera vacante en la cátedra de teología del Convento de Santo Domingo, sus superiores le ordenaron servirla, cosa que hizo por siete años. Transcurridos éstos fue postulado para la dignidad de presentado, pero fray Jerónimo “...pidió

Escalera, Juan, Diccionario biográfico y de historia de México, México, Editorial del Magisterio, 1964; sub voce.

5 Burgoa, Geo. descript., t. I, p. 248.

6 La vida y muerte y cosas milagrosas que el Señor ha hecho por el bendito Fr. Pablo de Santa María, fraile lego de la Orden de Predicadores, portero que fue de S. Pablo de Sevilla... por el padre maestro Fr. Jerónimo Moreno... a D. Fernando Enríquez de Ribera, duque de Alcalá, &. En el Convento de S. Pablo por Francisco Pérez, Sevilla, 1609. Para más detalles ver Escudero y Percossi, Francisco, Tipografía hispalense. Anales bibliográficos de la ciudad de Sevilla desde el establecimiento de la imprenta hasta fines del siglo XVII, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894, núm. 927.

7 Beristain (op. cit., loc. cit) dice que en 1597; Arroyo (op. cit., loc. cit.) que en 1595. Sabemos que en 1595 se embarcó una expedición de dominicos para la Nueva España, quizá Moreno estuvo en ella. Ver Borges Morán, Pedro, El envío de misioneros a América durante la época española, Salamanca, Universidad Pontificia, 1977, p. 497.
licencia, para volver a su Convento de Sevilla a componer algunas dependencias de los desconsuelos con que había venido, y dar satisfacción de cierta calumnia, que le hacía cuidado...” 8

De este modo nuestro personaje regresó a su patria; ahí permaneció poco tiempo ya que dos años después regresó a Oaxaca donde le aguardaba el grado de presentado. Fray Jerónimo se entregó de nuevo a la predicación9 y a la cátedra hasta que, con ocasión de recibir la postulación para maestro, fue a una doctrina para aprender zapoteca.10 

Es de notar que en la Oaxaca del tiempo de Moreno debía sentirse todavía con mucha fuerza la influencia pastoral e intelectual que dejó el benemérito fray Bartolomé de Ledesma: dominico hijo de Salamanca y obispo de Antequera (1581-1604). Este prelado fue autor de una importantísima obra llamada De septem novae legis sacramentis summium y erigió en su iglesia una cátedra perpetua de teología moral que siempre debía ser ocupada por un dominico que leyera del libro mencionado.11 Con las salvedades que más adelante indicaremos, podemos afirmar que nuestro biográfiado debió conocer la obra de su hermano de hábito.12 Ténganse presente, además, que el ambiente intelectual novohispano de la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII había sido, en muy buena medida, gestado por dominicos vinculados con San Esteban de Salamanca.13

8 Burgoa, Geo. descrep., t. I, p. 250.
9 Sus habilidades en el púlpito debieron ser bastantes ya que, amén de que así lo consignan sus biógrafos, Moreno predicó, el 23 de junio de 1609, en festividad tan importante como el traslado de los huesos de los antiguos dominicos de su comunidad de Santo Domingo de Oaxaca, del viejo convento al nuevo que edificóse en tiempos del provincial Fr. Juan Martínez. Ver Burgoa, Francisco de: Palestra historial, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934, pp. 443-445 (la primera edición en México, 1670). Es de notar que Burgoa promete hablar de Moreno en la segunda parte de esta obra, misma que nunca se imprimió.
12 Está citada en Reglas ciertas, 46v.
Fray Jerónimo ocupó importantes cargos en la provincia de San Hipólito de Oaxaca: en varios capítulos fue definidor, sirvió como visitador “de la tierra caliente y costa del Sur”, prior del convento de Etila\textsuperscript{14} y, finalmente, en el capítulo de elección de provincial celebrado en 1627 mereció ser llamado a esta dignidad, la cual sólo aceptó por obediencia. Su gobierno se vio agitado por una ruidosa controversia con ocasión de que el obispo de Oaxaca, fray Juan Bohórquez, pretendiera instaurar el control episcopal sobre la cura de almas, que en su diócesis, hasta entonces, estaba casi del todo en manos del clero regular, especialmente de los dominicos. El pleito tuvo todas las notas que caracterizaron a este tipo de conflictos: intrigas entre los eclesiásticos y las autoridades civiles, majaderías recíprocas y, a la postre, entredichos y excomuniones.\textsuperscript{15} Llegó a ser tanta la mortificación que tal asunto le produjo a nuestro biografiado que buscó por todos los medios renunciar al provincialato, cosa que no pudo lograr.\textsuperscript{16}

Terminado el cuatrienio de su gobierno, y con la salud muy quebrantada por los disgustos, sirvió un tiempo como maestro de novicios; el 3 de diciembre de 1631, lleno de achaques y años, murió en Santo Domingo de Oaxaca. Según Bersitán tenía setena años de edad.\textsuperscript{17}

Además de las \textit{Reglas ciertas} y de la biografía de fray Pablo de Santa María, nuestro dominico dejó, según el padre Burgoa:

...nuevo arte con todas las reglas, y rudimentos de la gramática de la lengua [zapoteca], descubriendo algunas irregularidades de su modo de hablar, hasta entonces no prevenidas de otro alguno... escribió muchos tratados espirituales, y sermones del Juicio Final, y confesionario, tradujo en la lengua, el Símbolo de San Atanasio, los Evangelios, y Epístolas de San Pablo... escribió muchos

\textsuperscript{14} En este encargo logró solucionar una desavenencia muy seria suscitada entre los pueblos del valle de Etila por la elección de un cacique. Véanse Carriedo, Juan B., \textit{op. cit.}, t. I, p. 42-43; Gay, José Antonio, \textit{op. cit.}, vol. I, t. II, p. 252-253.
\textsuperscript{15} Si se está a lo dicho por el P. Gay, el conflicto entre los dominicos y el obispo Bohórquez se condujo por cauces casi idénticos —cuando menos en sus líneas generales— al que tuvieron los jesuitas con Palafox. Véanse Gay, José antonio, \textit{op. cit.}, vol. I, t. II, pp. 234-247; Pérez Eutimio, \textit{Recuerdos históricos del episcopado oaxaqueño}, Oaxaca, Imprenta de Lorenzo San Germán, 1888, pp. 16-18 (es la vida del Sr. Bohórquez).
\textsuperscript{16} El litigio se prolongó más allá de la muerte de fray Jerónimo y del obispo Bohórquez (1633); así lo indica la existencia de dos impresos, uno de 1639 en favor del juez conservador de los dominicos y, el otro, sin fecha pero de fines del siglo XVII, en defensa de la tenencia de las doctrinas y curatos que poseían los dichos regulares. Véanse las fichas 99 y 756 de nuestras \textit{Notas para servir a la bibliografía jurídica novohispana: la literatura circunstancial}.
\textsuperscript{17} Beristán de Souza, José Mariano, \textit{op. cit.}, t. II; sub voce.
cuadernos de puntos graves, y dificultosos [de Escritura Sagrada y derechos canónico y civil], sobre la *prima secundae* de nuestro Angélico Maestro, y sobre la 3ª parte grandes apuntaciones, siendo maestro de estudiantes en San Pablo de Sevilla, compuso el dilatado tratado de signos, con tanta profundidad de notables, y cuestiones metafísicas, y graves puntos de Teología, que ha dado motivo a muchos autores a valerse de su apuntaciones, en las universidades de España, y pasado a estos reinos, compuso un libro grande de cuartilla, y de más de 500 hojas, sobre las palabras del capítulo 7 de Job *Militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii dies eius*. Sobre cuyo sentido levantó discursos, y asuntos predictables, para todas festividades de tiempo... otros muchos escritos se hallaron políticos, del daño de la adulación, del modo judicial, con que han de proceder los prelados, en el conocimiento de las causas de sus súbditos...

18 Según Acosta y Mézquita en Sevilla "...dejó fama el *significare* que leyó, que hoy llaman de Moreno".

19 Entonces en poder del P. Burgoa y ya dispuesto para la imprenta; el cronista aseguraba que de encontrar medios para hacerlo lo daría a la luz pública junto con los demás escritos de fray Jerónimo que tenía.

20 Burgoa, *Geo. descrip.*, t. I, pp. 251-252. Además de la vida de Fray Pablo de Santa María y de las *Reglas cier tas*, Beristáin (op. cit., loc. cit.) menciona las siguientes obras:

- *Tractatus de signis*, que se encontraba en Sto. Domingo de Oaxaca y constaba de 15 cuestiones.
- *Sermones en lengua zapoteca*, manuscrito.
- *Tratado curioso de las raíces y formación de los verbos de la lengua-zapoteca*, manuscrito (este debe ser el libro que el P. Gay llama *Tratado de los verbos compulsivos y reiterativos que se usan en el idioma zapoteca*).
- *Milicia cristiana sobre el texto de los libros de Job*, manuscrito del cual existía sólo la primera parte con 5 tratados en 800 hojas: se terminó el 4 de agosto de 1601.
- *Daños que causan las condescendencias*, manuscrito.
- *Del orden judicial que debe guardarse en las causas domésticas de los religiosos*, manuscrito.
- *Commentaria aliquot in Summam Divi Thomae*, manuscrito.

Beristáin dice que la lista de las obras de Moreno está en la *Palestra historial* de Burgoa; o el canónigo poblano consultó la segunda parte de esta crónica —misma que no llegó a ver la luz pública y donde el dominico prometió hablar de Moreno— o se confundió y quiso decir que en la *Geográfica descripción*. Es de notar que Beristáin debió ver, cuando menos, algunas de las obras de Moreno, o lo que es más probable considerando que éstas al parecer se custodiaban en Sto. Domingo de Oaxaca y el bibliógrafo contó con informantes en las provincias, fuese de otro que las conoció y describió.

El P. Gay (op. cit., loc. cit.) dice que los libros de Moreno custodiados en Oaxaca debieron perecer en la exclaustración; en abono de ello podemos agregar que los bibliógrafos de las lenguas indígenas sólo las mencionan porque siguen lo dicho por Beristáin y que los catálogos de colecciones privadas tan importantes como la de Salvador Ugarte no se citan. Las adiciones de Ramírez tampoco se refieren a Moreno. Véanse Ugarte, *Catálogo de obras escritas en lenguas indígenas de México o que tratan de ellas de la biblioteca particular de..., México, Offset Vilar, 1954; Ramírez, José Fernando, *Biblioteca hispano americana septentrional. Adiciones y correcciones que a su fallecimiento dejó manuscritas el Sr. Lic. D..., México, Imprenta de El Tiempo, 1898.*
NOTAS SOBRE LAS REGLAS CIERTAS

Podemos agregar alguna que otra aprobación 21, y, al parecer, las vidas del fray Lope de Cuéllar, fray Juan Tineo y fray Domingo Mellado.22

II. LAS REGLAS CIERTAS DE FRAY JERÓNIMO

1. La impresión y los motivos del autor

Las Reglas ciertas y precisamente necesarias para jueces y ministros de justicia de la India y para sus confesores, primero se conocieron como cuadernos manuscritos que entregaba fray Jerónimo a los confesores oaxaqueños para tratar de remediar las injusticias que continuamente cometían los funcionarios reales.23 Sabemos que estas materias le preocupaban lo suficiente para tener un método desarrollado para solucionar sus problemas desde, cuando menos, 1617: en efecto, el que usaría en las Reglas ciertas —dice Moreno— era el mismo que empleó en “1617 en Nejapa a 10 de marzo”. Es importante señalar que en la obra se advierten algunas peculiaridades que nos hacen pensar que quizá no toda sea de nuestro autor o que se refundieron en una sola varias piezas que pudieran ser del mismo Moreno. En efecto, cualquier lector puede darse perfecta cuenta que hasta el folio 32 vuelta24 el estilo de Moreno es uno sencillo y muy arreglado a un evidente propósito de claridad al que se sacrifican metáforas, imágenes bíblicas y de otras fuentes, citas eruditas y casi todo lo demás que en general componía el arsenal de la literatura religiosa del primer tercio del siglo XVII. En adelante del folio citado el texto toma un tono de homilía: aparecen más citas y en empleo abundante de re-


22 Relación breve de la admirable y milagrosa vida de algunos religiosos del Orden de Santo Domingo de la Provincia de Oaxaca que han muerto estos años, la cual envía el P. M. Fr. Jerónimo Moreno, provincial de ella, con los padres definidores, al capítulo general que se ha de celebrar en Sevilla el año de 1632, México, En casa de Pedro de Charte, 1630. Puede verse la descripción precisa en Medina, IM, t. II, núm. 411.

23 Así lo dice el Mtro. José Calderón en su aprobación de 22 de junio de 1636, donde también hizo votos para que la obra fuera calificada por la Universidad de México y por los tribunales superiores del reino.

24 Se rompe, el texto en la 32 con una viñeta, a la vuelta se encuentra un título que dice “Síguense otras reglas semejantes, con su doctrina y casos particulares” y da inicio la regla 23.
cursos retóricos produce una sensación de poca claridad y de difusión, incluso, se vuelve más teórico y discursivo. Por otra parte, en la primera sección se emplean autoridades distintas de las usadas en la segunda, cosa que no extraña tanto salvo si consideramos que entre ellas se encuentra una muy importante: la obra del obispo Ledesma.\footnote{Resulta cuando menos extraño que Moreno acuda a multitud de obras, y que la de un importantísimo moralista de su orden, casi su contemporáneo y activo en la misma zona no reciba más que una mención. Otro asunto notable es que al final de la obra se menciona la gran inundación que sufriera la ciudad de México entre 1629 y 1634 como cosa pasada. Nuestro autor murió en 1631 y las Reglas ciertas recuerdan que los edificios de la capital no-hovispana se hundieron, cosa que al parecer sucedió durante la segunda etapa de la inundación, es decir de 1633 a 1634. Todas estas cuestiones que anotamos apuntan a la posibilidad de que las Reglas ciertas sean de dos plumas distintas —de Moreno y la de alguno otro— o a que sean todas de nuestro autor, pero se haya agregado a las reglas propiamente dichas un grupo de sermones en donde se tocaba la conducta de jueces y ministros o que este tema se encajó en el lugar del sermón que más conviniera. Sea como fuere, ahora nos falta suficiente información para dar una respuesta segura.}

Tras la muerte de fray Jerónimo las Reglas ciertas se dieron a la luz pública, por primera vez en México en 1637\footnote{Por ejemplo, antes del dicho folio no aparecen citado Fr. Luis López, el maestro Cano, Pedro de Soto, Juan Maior o unos sermones del Dr. Diego de Payva.} y por segunda, “por su ori-
NOTAS SOBRE LAS REglas CIERTAS

...venga a noticia de todos los confesores, para que eviten tan grandes males, y se extingan y destruyan doctrinas mal fundadas, como son las que se practican entre ministros de justicia públicamente con gran detrimento de las almas, con grande escándalo entre los indios, y destrucción del reino en el comercio civil, de que soy buen testigo hace trece años...

Noval no dijo más de lo que afirmó Moreno en el texto. Este sentir también lo manifestó el doctor Pedro de Quiroga y Moya en su carta fechada el 20 de agosto de 1636 y que envió para agradecer y aceptar la dedicatoria de la obra que se le había ofrecido. En la citada misiva se quejó amargamente de los excesos de los ministros en Indias, los cuales consideraba eran de tal entidad que hacían dudar de que los funcionarios fuesen cristianos. Es conveniente aclarar que Quiroga era del Consejo Real, alcalde de corte de la Real Chancillería de Valladolid, visitador y juez de residencia del exvirrey de la Nueva España marqués de Cerralbo y de sus ministros. Un hombre, por tanto, acostumbrado a tratar nego-

tamos de una fotocopia del ejemplar del Fondo José Toribio Medina de la Biblioteca Nacional de Chile, misma que obtuvimos gracias a los buenos oficios de D. Salvador Cárdenas a quien hacemos patente nuestra deuda.

28 Para la descripción exacta del impreso ver Medina, José Toribio, La imprenta en la Puebla de los Ángeles (1640-1821), Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1908, núm. 391. Es de notar que la diferencia en el número de páginas que existe entre ambas ediciones se debe a que la primera está dispuesta en folios y la segunda en páginas.

29 Franciscano, lector jubilado de teología.

30 Vicario general de la Merced, comisionado para ello por el Dr. Andrés Fernández, pronotario apostólico, provisor, juez oficial y vicario general del arzobispado de México, quien dio su licencia para la impresión el 3 de octubre de 1636.

31 Seguimos los documentos contenidos en los preliminares de las Reglas ciertas.

32 Cuando recibió el nombramiento de visitador era alcalde de Sevilla. Se le prometió que al terminar el trabajo en Nueva España ocuparía una plaza en el Consejo de las Órdenes o de Hacienda, o la Fiscafs de Indias o una alcaldía de Corte. El sustituto que se previó fue Diego de la Rosa quien pasó a América con Quiroga ya que iba a Filipinas a servir como fiscal de aquella Audiencia.
cios de justicia y que, al tiempo de la dedicación de las *Reglas ciertas*, estaba enredado en un fastidioso y difícil proceso: el marqués de Carralbo y él se estaban provocando toda clase de dolores de cabeza.\(^{33}\)

La impresión de la obra fue costeada por el licenciado Martín de Acosta y Mézquita. Este personaje nació en México, fue abogado de su audiencia y de pobres y presos. Tuvo gran fama como letrado y dejó una *Jurisprudencia práctica* manuscrita —que hoy se conserva en la Biblioteca Nacional de México— y bastantes informes en derecho impresos en favor de miembros de la élite novohispana: el santiaguino Gonzalo Gómez de Cervantes, el regidor Luis Carrera y Diego Rocha Portocarrero, por sólo mencionar a los más conspicuos.\(^{34}\) Por ello nos parece que resulta especialmente interesante traer a colación algo de lo que Acosta dijo sobre la obra cuya impresión había financiado. Según él las reales cédulas para el remedio de las injusticias contra los indios resultaron de “poco provecho”\(^{35}\) por ello veía en las *Reglas ciertas* el “medio más propor-

---

33 Cabe mencionar algo sobre la visita de Quiroga. A lo largo de su administración (1624-1635) Cerralbo había logrado granjearse la enemistad del arzobispo Manso y del grupo que se ha dado en llamar criollo; sin que nos importe profundizar más, al virrey y a su partido se le acusó hasta el cansancio de corrupción. Quiroga llegó a la Nueva España (julio de 1635) acompañado del nuevo virrey, el marqués de Cadereya. Este funcionario demostró gran animadversión en contra de su predecesor y el visitador era amigo notorio de Manso. Así que es fácil entender que el exvirrey recusara a su juez —por “odioso y sospechoso”— en dos ocasiones sin éxito. Quiroga murió de fiebre en Acapulco sin poder terminar su visita, al parecer, de no haber fallecido Cerralbo y compañía hubieran sufrido serios contratiempos ya que las pesquisas estaban conduciendo a probar su responsabilidad en la comisión de muy graves delitos. Palafox, quien sucedió a Quiroga, encontró tantos papeles producto de la inoconclusa visita que pudo llenar cuatro carros con ellos. Veánselo Hanke, Lewis, ed. *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la Casa de Austria*, México, Madrid, Editorial Atlas, 1977, t. III, pp. 290-328 (los documentos son las dos recusaciones de Cerralbo y las respuestas de Quiroga), Israel, Jonathan I., *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial, 1610-1670*, México, FCE, 1980, pp. 191-196. Las fichas 85 y 93 de nuestras Notas para servir a la bibliografía jurídica novohispana: la literatura circunstancial.


35 Cita, por ejemplo, la de Felipe II dada en Lisboa el 27 de mayo de 1582 en la que reprende al arzobispo de Lima por no haberle avisado sobre los desmanes que ocurrían en aquel virreinato para que el monarca pudiese ponerles remedio. Resulta interesante que Acosta hubiere mencionado esta disposición que parece implicar una cierta función de vigilancia por parte de la jerarquía eclesiástica, en cierto modo parecida a la que ejerce el buen confesor respecto de sus penitentes.
cionando” para tratar una enfermedad que “parecía incurable”. Un texto tan importante no podía salir de pluma distinta de la de un dominico. Es decir, Acosta no parecía confiar en los miembros de otras órdenes y, quizá, en el fondo, tenía alguna prevención en contra de la Compañía de Jesús y sus opiniones en materia de teología moral.

Las Reglas ciertas se dirigieron a los jueces y sus confesores, y de aquellos, especialmente a los corregidores y a los alcaldes mayores. Sobres estos funcionarios, de difícil encuadramiento institucional ya se ha escrito bastante para nosotros ocuparnos ahora de ellos.³⁶ Lo que nos interesa recordar es que ambos servidores, en sus respectivas —aunque no muy precisas— esferas de atribuciones, estaban obligados a guardar la paz pública, especialmente mediante la impartición recta de la justicia. Moreno también se ocupa de los jueces de residencia, pero lo hace con menos prolijidad.

No debe pensarse que las Reglas ciertas son un simple confesionario, como tantos otro, más o menos acomodado al estado especial de los penitentes.³⁷ El ministro Moreno nos informa que no era de su interés hacer una instrucción de confesores o suma al estilo de los que abundaban y que debían conocer los confesores. Lo que quería era declarar cuáles pecados había visto que se cometían en la Nueva España y lo que le movía a hacerlo era ver cómo todos los años los ministros eran absueltos y comulgaban “...con tanta publicidad, cuanta tienen


sus culpas en que han perseverado hasta Pascua y prosiguen en ellas después de ella.\textsuperscript{38}

Este asunto de la historicidad de los casos es muy importante ya que, quizá por lo terrible de algunos de ellos, avanzado el texto Moreno advierte a los confesores

...que los casos puestos en todas estas reglas (y los que se pondrán en las siguientes, y otros innumerables tan injustos y feos como ellos, que no pongo por evitar prolijidad, y porque sería hacer un gran volumen) no son casos fingidos sólo para ejemplificar la doctrina, ni son casos que pasan de otra manera de como yo los refiero, ni son casos condicionales, como decir: si sucediese esto, habría obligación de esto otro, sino casos que realmente pasan así como están escritos, tan cierta y frecuentemente como es salir el sol y ponerse cada día...\textsuperscript{39}

Para entender bien el propósito de nuestro autor hay que recordar que para los católicos, de antaño y hogaño, el sacramento de la penitencia es el medio por excelencia para lograr el perdón de los pecados mortales cometidos después del bautismo —como afirma el aquinatense, es segura tabla después del naufragio—\textsuperscript{40} y por precepto de la Iglesia obliga, con la comunión, cuando menos una vez al año, en el tiempo de la cuasima.\textsuperscript{41} Su forma consiste en las palabras del ministro \textit{Yo te absuelvo}... sus partes, cuasi materia del sacramento, son tres: dolor de corazón, confesión de boca y satisfacción de obra según la voluntad del confesor.\textsuperscript{42} En cuanto a la primera, es importante tener presente que la contricción es el dolor o aflicción de los pecados con esperanza de perdón e intención de satisfacción que proviene de la sola consideración de la infinita bondad divina. Así, se distingue de la atrición —que es dolor imperfecto— producida por el temor a las penas del infierno y la consideración de la fealdad del pecado, pero que basta para que el sacramento sea eficaz, si se

\textsuperscript{38} \textit{Reglas ciertas}, 1.
\textsuperscript{39} \textit{Reglas ciertas}, 18-18v.
\textsuperscript{40} En la \textit{Suma teológica} 3 part., cuest. 84, art. 6. Nuestra edición es la de Hilario Abad de Aparicio, revisada y anotada por Manuel Mendía con la colaboración de Pompilio Díaz (Madrid, 1880-1883).
\textsuperscript{42} Trento, ses. 14, cap. 4; Denzinger, núm. 896.
tiene propósito de ya no caer y las esperanza de alcanzar el perdón.\textsuperscript{43} Respecto de la confesión de boca es necesario hacerla ante el sacerdote y de todos los pecados mortales y de las circunstancias de su comisión.\textsuperscript{44} Conviene ahora definir al pecado mortal o grave: es aquello que se dice, hace o quiere contra la ley de Dios con aversión a ella y a Él y por amor a las criaturas, por tanto enemista al alma con su creador al punto de condenarla si no acude al remedio necesario. Por último, la satisfacción es regresar a Dios el honor debido con la intención firme de no volver a ofenderle.\textsuperscript{45} Sin importar la manifestación concreta que el confesor imponga para satisfacer, siempre debe tratarse de alguna cuestión penosa o de trabajo para el penitente según la calidad de los pecados cometidos. En las faltas contra la justicia es condición para recibir la absolución la restitución de lo que malamente se hubiere obtenido.

Ahora bien, para nuestro autor, la culpa de la situación arriba descrita era tanto de los confesores como de sus penitentes: porque los primeros ignoraban cómo medir las culpas y por la infidelidad de los segundos que llegaba al punto de hacerles salir de su jurisdicción para buscar confesión con un sacerdote que no les conociese.\textsuperscript{46} Así:

Que el defecto del confesor o el defecto del penitente sea la causa de salir absueltos estando incapaces de absolución, téngalo por cierto y no lo que algunos corregidores y alcaldes mayores, con quienes he comunicado esto, me han respondido diciendo que los padres de la Compañía de Jesús les aseguran las conciencias en sus tratos, y les dicen justificadamente los pueden ejercer. Esto o lo tengo por fábula, porque tengo a los padres de esta religión por doctos y de temerosas conciencias, o si es así, que los dichos padres han dado este parecer será por haberles informado los jueces mal de sus tratos...\textsuperscript{47}

Esta benevolencia con los jesuitas y la deferencia con que en general los trató Moreno —quien llegó al extremo de citarlos continuamente para de-

---

\textsuperscript{43} Trento, ses. 14, cap. 4; Denzinger, núm. 898.
\textsuperscript{44} Sobre este punto y otros de los que aquí tocaones puede verse el capítulo IV de la carta que S. Francisco de Sales, obispo de Ginebra, mandó a los curas y confesores de su diócesis en Gómez Galbán, Lino Nepomuceno, \textit{El sacerdote instruido en los ministerios de predicar y confesar en dos cartas de S. Francisco de Sales, obispo de Ginebra, traducidas del francés y ampliadas con notas. Dalas al público en utilidad de los sacerdotes el Lic. D...}, México, Imprenta del Superior Gobierno, 1771, pp. 123-128.
\textsuperscript{45} Trento, ses. 14, caps. 3 y 8; Denzinger, núms. 896 y 904.
\textsuperscript{46} \textit{Reglas ciertas}, 33v.
\textsuperscript{47} \textit{Reglas ciertas}, 1v.
mostrar que la Compañía no prohíbía opiniones laxas—es cosa que en otras latitudes no sucedía. Téngase presente que en las polémicas jansenistas casi siempre se tocó el punto de la laxitud de la escuela moral jesuitica. Con todo, el que fray Jerónimo tuviera que defender su doctrina—que no a ningún confesor en particular—y echar la mayor parte de la culpa de las malas confesiones a los penitentes, ya indica que las cosas no andaban muy bien. Desde luego, también puede, con un poco de malicia, pensarse que el dominico, cubrió con el manto de la santa ingenuidad un discurso antijesuitico. Por otra parte, en cierto sentido los jesuitas eran hermanos—en la desgracia—de los dominicos: ambas órdenes, casi al mismo tiempo, tuvieron litigios muy serios, por problemas muy parecidos, con los ordinarios de las diócesis donde se encontraban establecidos. Sin embargo, ya en tiempos de Moreno, aunque no podamos afirmar que él lo supiera, se veía venir el conflicto entre los dominicos y franciscanos, por un lado, y los jesuitas por el otro, sobre la cuestión de los ritos chinos.

La práctica de las malas confesiones que nos trasmite Moreno es la siguiente: cuando el confesor inquiría al penitente sobre las materias que le parecían sospechosas, éste le decía que tenía parecer de algún regular de la Compañía, de un canonista o de un legista autorizándole la tal conducta. Y gracias a su ignorancia, el confesor no tenía cómo descubrir la mentira del penitente.48 También ocurría que los confesores que vivían recogidos y apartados del mundo desconocían la realidad de sus penitentes e ingenuamente creían todo lo que éstos les decían.49

Ahora bien, fray Jerónimo realizó su trabajo mediante enunciar reglas, luego descender a los casos particulares y, finalmente, dar reglas sucintas. Lo ilustró con sendos ejemplos que tomó de lo que vio y oyó en Nueva España y, cuando la regla era controvertida, con acopio de autores. Si la regla era clara simplemente señaló que en ella estaban de acuerdo todos los doctores. Al final del texto hay una especie de apéndice, concebido casi como homilía, llamado "De lo mucho que ofenden a la Majestad de Dios y del rey sus fieles ministros de justicias en estos sus reinos de Indias".50

48 Reglas ciertas, 1v.-2 El autor recalca la mentira del penitente.
49 Tales directores de conciencias debían preguntar mucho sobre las circunstancias de los pecados (Reglas ciertas, 18v.-19).
50 Desde el folio 54. Después de encarecer el mérito de la justicia y el escándalo que producen los malos jueces, pondera los castigos eternos y temporales que merecen éstos. Alguna vez parece que se deja llevar por la pasión; así, por ejemplo, cuando dice que algunos malos ministros, cegados
2. Los pecados de los ministros y sus cómplices

La mayoría de las faltas que cometían los jueces con ocasión de su oficio eran —y siguen siendo— de aquellos que no podían absolverse sin previa restitución.

Según la teología moral las personas que por razón de la injusticia de sus acciones, cuando de ellas se seguía un daño, tenían —y tienen— obligación de restituir nueve, además del principal ejecutor de ellas: los que las mandaban, aconsejaban, consentían, adulaban, cobijaban al perpetrador o a sus bienes mal habidos, participaban en ellas, las llamaban, no las obstaculizaban y no hacían patente su comisión.51

La regla primera versa sobre aquellos que indicaban a los ministros de justicia cuáles eran los buenos negocios y modos de hacer dinero en el territorio de su jurisdicción. Y es que lo primero que hacían los corregidores o alcaldes entrantes —según fray Jerónimo— era averiguar con los salientes cuáles eran las granjerías del distrito. Otros, indios como españoles, se ofrecían a ayudar, mediante comisiones, al nuevo ministro. Todos estos consejeros estaban obligados a restituir los daños que pudieran seguirse de sus dízque buenos oficios.52 Podía darse el caso de que el que aconsejó estuviera dudoso sobre si el ministro realizó alguna injusticia por su mal consejo y no se pudiera averiguar a ciencia cierta qué había pasado. Moreno afirma, en contra de algunos autores y apoyado en el doctor Angélico que debía restituir. Ahora bien, como la restitución obligaba por el daño, si no lo había o su causa fuere otra distinta del consejo, el consejero no tenía que hacerlo aunque, de todos modos, pecaba mortalmente.

Todos los tenientes y alguaciles que eran ejecutores de las granjerías de los ministros, por esta participación, debían restituir a los indios los daños que padeciesen. Para calcular el monto de esta restitución eran ne-

---

51 Reglas ciertas, 2. El texto dice: “Illusio, consilium, consensus, palpo, recursus, participans, mutus, non obstans, non manifestans”.

52 Aun cuando sus sugerencias sólo estuvieran motivadas por la ignorancia culpable. Entre los consejeros se incluyen los de los príncipes, y los abogados, médicos, teólogos, confesores y otros semejantes (Reglas ciertas, 2v.).
cesario entender si se había sido causa de todo o de una parte del daño. En el primer supuesto la obligación era restituir el total, si hubo cómplice y éste se negó a restituir su parte, también. Si no se era causa de todo el daño el monto de la restitución se calculaba según hubiera sido la participación en el acto injusto. Los criados que únicamente llevaban y traían no tenían obligación.53

En cuanto a los aduladores o “palpones” dice Moreno que realizaban conductas tales como decir a los ministros que los indios se burlarían de ellos si no actuaban como sus predecesores, y como éstos habían realizado las mismas granjerías y sinvergüenzadas, por tanto, el ministro no tenía de qué preocuparse. Además —decían los tales palpones— el ministro era un “caballero”, y para que pudiera vivir de acuerdo con su categoría y la de sus ilustres antepasados, se le había dado el cargo el cual, no sólo era para el bien de los indios y la administración de la justicia, sino también para que él se aprovechara en granjerías y otros negocios. Otros aseguraban al ministro que al indio había que azotarle porque “...sólo a palos ha de hacer virtud, como si fuese contra virtud defender sus haciendas”.54 Algunos más:

...por hacer lisonja a los corregidores cojen a los indios en descampado, y los azotan porque trajeron decretos, o provisiones para que no les den a hilar, o para que los reserven de otros oficios en que los ocupan con grande trabajo, con lo cual los indios atemorizados no osan pedir justicia...55

53 Reglas ciertas, 4-5. Gómez de Cervantes, apologista de los criollos y gran defensor de que éstos fueran los que principalmente se beneficiasen de las riquezas de la Nueva España, afirma que los “tenientes e intérpretes” a que se proveían a los corregidores y alcaldes mayores eran allegados de los virreyes y obispos y no descendientes de conquistadores, y por tanto. “...es la cosa más impertinente del mundo... poner teniente con salario a costa del Rey, pues no sirve más de ser alguacil y en cualquiera del pueblo a quien el corregidor lo encargue, lo hará sin ningún salario y lo recibirá por beneficio, con solos sus aprovechamientos... y no sólo es el daño los salarios... pero como estos tenientes no son hombres de obligaciones, a diestro y siniestro roban la tierra y hacen mil agravios e insolencias, así a los españoles como a los miserables indios... y si el corregidor trata de remediarlo, es con peligro de cobrar por enemigo al criado del virrey...”. Lo que proponía Cervantes era, claro está, eliminar el salario y que los alcaldes y corregidores nombrasen por sí a sus tenientes y sustitutos. Ello desde luego eliminaba el inconveniente de que los criollos compartiesen los aprovechamientos de los cargos con extraños. Gómez de Cervantes, Gonzalo, La vida económica y social de Nueva España al finalizar el siglo XVI, México, Antigua Librería Robredo, 1944, pp. 92-93 (el cursivo en la transcripción es nuestro).
54 Reglas ciertas, 5v.
55 Reglas ciertas, 5v.
También se les decía a los ministros que, para mantener a los indios quietos, debían instruir causa penal contra sus jefes o contra los más belicosos de ellos y tener pendiente su sentencia para mantenerlos "ame-drentados" y así no se atreviesen a defender a sus macehuales y obedeciesen en todo a los ministros. Especialmente, no obstaculizando a los corregidores la venta de sus mercaderías en los pueblos de su jurisdicción.

Los "receptadores" o personas que cobijaban, por cualquier razón, a pillos o a sus bienes mal habidos eran causa de que aquéllos cometiesen hurtos o dejasen de reintegrar lo que injustamente poseían, por tanto, debían de restituir "...por haber ellos dado causa con su ayuda, con la seguridad que dan a tales personas, y a las cosas que injustamente toman, y por el ánimo que de su favor toman los tales para hacer cualesquiera injusticias."\(^{56}\)

Moreno advierte que en cuanto a este punto hay que tener presente que los delitos eran cometidos, muchas veces, mediante los criados dependientes y alguaciles de los corregidores y, como estos maleantes eran allegados del ministro, los indios no se atrevían a defenderse de los hurtos de —incredible— gallinas, frutas, chiles, achiote y vainillas. Éstos no siempre eran cometidos acudiendo al vulgar expediente de simplemente sustraer los bienes del control de sus legítimos dueños, sino que revestían formas ligeramente más sutiles: pagar los productos a menor precio, o introducir en las mercancías que el corregidor vendía a los indios cosas propias y así obtener por ellas los mismos crecidos precios que recibía su patrón y viceversa. Desde luego, no sólo estaban obligados a restituir los dichos allegados del corregidor o alcalde mayor, sino también, éstos por tolerarlos en sus casas. Por si todo lo anterior no es suficiente, Moreno agrega que:

...son ordinariamente las casas de los alcaldes mayores, casas de juegos, por grandes aprovechamientos que de eso se les sigue. En las cuales casas se consienten entrar a jugar los hijos de familias, y otros que juegan y consumen en las cosas que consta, o hay sospecha que no son suyas.\(^{57}\)

Los tales "receptadores" eran subsidiariamente responsables de restituir; los principales eran, respectivamente, el que apostó lo ajeno y el que lo ganó. El alcalde mayor y el corregidor estaban, en estos casos, obligados bajo dos títulos: el de "receptadores" y el callar y no impedir abusos cuando por sus oficios estaban impuestos de ello.

\(^{56}\) Reglas ciertas, 6.
\(^{57}\) Reglas ciertas, 6v.
Los testigos que tenían obligación jurídica de deponer sobre los desmanes de los ministros, v. gr. en los juicios de residencia y que callaban debían restituir si se trataba de un asunto donde el residenciado, de haber sido condenado por su dicho, habría tenido que hacerlo. Nuestro autor advierte que los que generalmente incurrían en esta obligación eran los españoles. Éstos, después de que durante la administración del ministro habíanse desgranado en injurias contra él —porque con sus granjerías les quitaba a los vecinos buenas oportunidades de enriquecerse—\(^58\) durante su proceso callaban todas sus pillerías "...por lo cual, demás de ser perjuicios santificando al que ayer decían que no tenía de cristiano más que la crisma, tienen la obligación [de restituir]...\(^59\)

Más adelante Moreno aclara esta regla y para ello señala algo interesante. Que alrededor del juramento en las residencias se había introducido dos errores o "monstruos". El primero "...es decir, que en abono pueden jurar, aunque sea con mentira. Error diabólico y que debe castigar el Santo Oficio al que pertinazmente lo defendiere."\(^60\) El segundo error radicaba en la infidelidad de los escribanos de las residencias, quienes amañaban las preguntas que se hacían a los testigos para que no le causaran perjuicio con sus declaraciones. Los tales testigos en este caso, cuando sabían que el residenciado era un pillo, pecaban contra el segundo mandamiento del Decálogo y contra las leyes justas del reino y, por tanto, para ser absueltos estaban obligados a restituir. Desde luego, el juez de residencia que consentía estas triquiñuelas y el escribano que las ejecutaba, también pecaban y tenían obligación de restituir. El orden que estableció santo Tomás y que recogió Moreno para las restituciones es el siguiente: primero el causante principal del daño, si éste no quiere o no puede, entonces in solidum el que le ayudó, luego el que consintió el acto cuando tenía obligación de estorbarlo "...y luego por su orden conforme más, o menos concurrieron al daño".\(^61\)

Es de notar que los ministros estaban obligados a restituir todo lo que por sus pillerías debían a los indios. Esta obligación era del fuero de la conciencia y, por tanto, no se liberaban de ella aun cuando su juez de residencia les condenase a menos o que lograsen un concierto o ajuste.

\(^58\) Lo cual ayudaría a explicar por qué repelaron tanto los criollos sobre que se proveyesen los oficios indígenas en ellos y no en peninsulares.

\(^59\) Reglas ciertas, 7v.

\(^60\) Reglas ciertas, 38.

\(^61\) Reglas ciertas, 40v.
inferior con los indígenas (porque estos arreglitos siempre se obtenían gracias a la fuerza). Como a los indios principales les tocaba lo más de los conciertos, ya que cooperaban con el mal, estaban solidariamente obligados a la restitución.

3. Algunas especies de pecados de los ministros y sus cómplices

Nuestro autor, desde la regla quinta, se detiene a explicar algunos casos particulares a los cuales los confesores no solían aplicar con claridad las normas teológicas y que eran especialmente complicados. Así, se nos revela todo un catálogo de conductas deshonestas de corregidores y alcaldes mayores. Los límites del presente trabajo no nos permiten más que un intento de clasificación. Así, en general, los actos que no podían absolvérse sin previa restitución eran:

—Pagar a los indios por sus mercaderías y productos menos del valor justo (reglas 5, 7, 9).
—Hacer a los indios pagar los hospedajes y viáticos de los ministros cuando éstos, con ocasión de sus granjerías y no del cumplimiento de sus deberes, tenían que viajar (regla 15).
—No reintegrar a los indios los gastos que hubieren hecho y los daños que hubieren padecido por cumplir con encargos de granjerías hechos por los ministros (reglas 5, 7, 9).
—Hacer a los indios trabajar en sus granjerías sin pagarles (reglas 7, 9, 12).
—Hacer a los indios trabajar en exceso (regla 7), v.gr., cuando los ministros les exigían entregar cierto número de mantas por precio vil.

...otra parte de la vejación corresponde a las indias las cuales todo el año andan ocupadas en hilar, y tejer las mantas, en lo cual reciben notable agravio, porque como las indias tengan sus granjerías aparte, y diferentes de las de sus maridos, de que sacan dinero para pagar sus tributos, y hayan de hilar y tejer para vestirse a sí y a sus hijos, hijas y maridos, o hacer de comer y otras cosas que están a cargo de ellas, ocupadas en hacer tres veces al año mantas de las que piden los corregidores, les falta tiempo para todo lo sobredicho, y así padecen suma pobreza, y desnudez ellas, y todos los de sus

62 Reglas ciertas, 49v. y 57-57v.
63 Reglas ciertas, 50v.
casas, porque tres pesos que ganan en tres mantas para el corregidor, no son suficientes para lo sobredicho.  

—Forzar a los indios a darles cosas, v. gr., gallinas y pollos cada vez que iban a ver la justicia (regla 7).

—Forzar a los indios, bajo penal de cárcel, a vender o a comprar, incluso cosas que no necesitaban, sin atender a su justo valor (reglas 5, 8, 9, 11, 13, 17, 18, 22 y 23).

—Alterar en sus tratos con los indios las pesas y medidas y fingir la calidad de los productos que les obligan a comprar (regla 11 y 18).

—Consentir que, por causa de sus pillerías, los indios principales abusasen de los macehuales (regla 8, 17 y 23).

—Realizar actividades monopolísticas sin privilegio especial del rey (regla 13) incluyendo el acaparamiento de grano y bastimentos en tiempo de necesidad (regla 14).

64 Reglas ciertas, 10v-11.
65 Gómez de Cervantes nos informa del “otro lado de la moneda”. Dice que los jueces no podían excusarse de recibir los presentes que les ofrecían los indios porque de hacerlo éstos dejarían de interpretar justicia por creer que les sería negada como rechazado había sido el regalo. Además, afirma: “...y esto no es cosa nueva, sino que en su infidelidad la usaban, y con mucha dificultad se les quitaría esta costumbre; lo cual así mismo guardarían con los religiosos que los administraran los Santos Sacramentos”. Gómez de Cervantes, Gonzalo, op. cit., p. 135. Este autor trae muchas cosas sobre cohechos que merecen tratarse pero que excursionamos para no abultar.
66 Algún caso interesa a los preocupados por la usura: los ministros, a sabiendas de que los indios no tenían vainilla, les repartían dinero para comprarla. Luego mandaban a sus criados a que les vendieran la vainilla más allá de su justo valor y, después, la readquirían por cuartilla. Aunque el contrato parece usurario, fray Jerónimo más bien pensaba que era “manifesta rapiña” (Reglas ciertas, 10). Eran tales los abusos que sufrían los indios por tener que entregar cantidades de productos superiores a los que cosechaban por precios viles que llegaron a abandonar sus sembrados, descuidar sus huertas y cortar sus moreras (Reglas ciertas, 35v-36).
67 No podemos resistir tentación de citar a Moreno en este punto (Reglas ciertas, 15v): “Este trato [el estanco] es regularmente inútil e injurioso a la república, por cuanto los ciudadanos se hallan constreñidos a comprar las cosas más caras de mano del monopólo, y los demás de la república son impedidos de negociar justamente, y con comodidad de los que compran y venden, y de ser más benéficos en el precio de las cosas a los vecinos, lo cual cede en detrimento de los vecinos, aunque los monopólos vendan por el justo precio; por lo cual este trato como tan pernicioso está justamente vedado... y esto sea uno el monopólo ora sean muchos hechos de concierto, que ni vendan ellos, ni otros menos de aquel precio...”. Y, más adelante (Reglas ciertas, 16): “...se exceptúan los reyes, o los que tienen su particular privilegio, y también se ha de exceptuar la república por razones justas que para ello hay, los cuales habiendo razones justificadas podrán hacer estanco de algunas mercaderías, y dar privilegio a algunas personas que sean únicas vendedoras de ellas... poniendo tasa justa en el precio...”. Como la restitución de los daños del monopolio es muy difícil, Moreno propone tres caminos: 1. Reintegrar a los particulares dañados, siempre que se pueda probar quiénes son y a cuánto asciende el daño. 2. Si lo anterior no es posible, restituir mediante vender en la comunidad géneros útiles por menos de su valor. 3. Si no se puede realizar lo anterior, entonces con limosnas para los pobres y obras pías por las almas de los que sufrieron el daño.
—Hacer a los indios pagar alguna cantidad por cumplir su obligación atemorizándoles con penas y mayores gastos si no se concierto (regla 19 y 21).
—Abusar de los indios con ocasión de repartirlos para los servicios personales: ya dándoles a quien no tiene derecho a tenerlos o tasando muy alto el valor de lo que debían entregar o vendiendo el servicio por arriba del precio del trabajo del indio (regla 20).

Es claro que un factor importante en todas estas conductas ilícitas era el miedo que causaban los ministros a los indios. Por ello fray Jerónimo dedicó especial atención a este tema en un largo pasaje de la regla 8. Según la teología moral... 

El miedo es en dos maneras, grave, y leve, y por otros términos al primero llaman los teólogos, y canonistas miedo que cae en varón constante (esto es) que basta para hacer que un varón constante preste su consentimiento. Y al segundo llaman, miedo que cae en varón leve e inconstante, y de poco corazón (esto es) que prestase yo mi consentimiento no sería por ser grave el mal con que me atemorizaron, sino por ser yo afeminado, y de mugeril corazón.68

¿Cuál es el miedo que sufría los indios? Para resolver esta cuestión había que atender —dice Moreno— no sólo al mal con que se amenaza, sino también a la persona a quien se amenaza, ésta puede ser más o menos valiente según la robustez o fuerza de quien le causa el miedo. En el caso de los naturales con poco temor era más que suficiente para que el miedo fuera grave “...o que cae en varón constante respecto del indio”.69

Además, el miedo que se tenía al corregidor o alcalde mayor era del denominado “compulsivo de impotencia” por ser el que inspiran los hombres poderosos.70 Algo que producía verdadero terror entre los indios era, según Moreno, la prisión:

...un aposento pequeño, sin ventana ni respiradero más de la puerta, allí hacen sus necesidades, por lo cual es una mazmorra de notable horror, no tiene camas, y como los traen [a los indios] de otros pueblos, las más veces se olvidan de darles de comer, padecen hambre y sed, hedor notable y, como los indios se crían en el campo, verse enjaulados lo tienen por mayor pena que la muerte.71

68 Reglas ciertas, 11-11v.
69 Reglas ciertas, 11v.
70 En otra parte Reglas ciertas, 22v. Moreno dice que con regatear un poco el ministro ya causa miedo al indígena.
71 Reglas ciertas, 36-36v.
En conclusión, por virtud del miedo grave que sufrían los indios en todos estos negocios, en el fuero externo, eran de los que debían de anularse, y en el de la conciencia, producían la obligación de restituir. Aún más, respecto de los naturales los perpetradores debían reintegrar incluso tratándose de miedo leve ya que éste era suficiente para que desapareciera la libertad de consentimiento. Desde luego, en los “contratos” lucrativos y gratuitos debía restituirse lo que se recibió y en los onerosos procedía la rescisión y, por tanto, la recíproca devolución de lo que se entregó. Respecto de este último caso, salta a la vista que en muchas ocasiones, por circunstancias especiales de cada caso (v. gr., la consumibilidad de las cosas objeto del negocio), la devolución podía ser muy difícil. Como remedio “más suave” nuestro autor recomendaba proceder a la restitución sólo de la diferencia entre lo pagado o vendido y el valor justo de la cosa.72

Es importante recordar que los ministros pecaban aun cuando todos sus tratos y contratos fueran justos, ya que les estaban prohibidos por “ley grave y justa” que juraron cumplir;73 desde luego también pecaban, según la misma norma, si recibían dádivas.74 Esta ley es, especialmente, una “ordenanza” virreinal para alcaldes y corregidores cuyos datos nunca son precisados por nuestro autor. Sabemos que no se trata de la ilustración y orden de gobierno de 11 de enero de 161175 aunque es de un contenido parecido.76

Moreno también tiene presentes las leyes de Portugal, la Nueva recopilación de Castilla de 1567 y el derecho común. El juramento al que nos hemos referido debían hacerlo los corregidores y alcaldes ante el escribano de gobernación de la Nueva España, pero Moreno había oído que

---

72 Reglas ciertas, 12-12v.
73 Reglas ciertas, 19. Sólo podían comprar en su jurisdicción aquello que necesitasen para su sustento (16v.). En abono de mucho de lo dicho por fray Jerónimo se tiene documentación sobre un José Delgado, justicia mayor de Teposcolula, en la Mixteca, en 1673. Este sujeto no sólo comerciaba con granos, sino que era dueño de una tienda donde trataba algodón y era el que se encargaba de los negocios de ganado del alcalde mayor Pedro Hurtado de Mendoza. Romero, Ma. de los Angeles, "Los intereses españoles en la Mixteca. Siglo XVII", Historia Mexicana, México, núm. 114, 1979, pp. 241-251.
74 Reglas ciertas, 13-13v.
75 Con cuarenta capítulos en Beleña, Eusebio Bentura, Recopilación sumaria de todos los autos acordados de la Real Audiencia y Sala del Crimen de esta Nueva España y providencias de su superior gobierno, México, Felipe Zúñiga y Ontiveros, 1787, t. I, pp. 38-40 de la 1ª foliación.
76 La que cita Moreno debe tener 62 o más de 62 “ordenanzas” y ser del tiempo del virrey marqués de Montesclaros. Existen versiones de ordenanzas para corregidores impresas a fines del siglo XVI. Se entregaban a los funcionarios al tiempo de entrar al cargo. Medina recoge un ejemplo que contiene treinta preceptos, fechado en México el 27 de noviembre de 1577. Ver, Medina, IM, t. I, núm. 200 q.
NOTAS SOBRE LAS REGLAS CIERTAS

no se realizaba porque los escribanos no lo tomaban y, porque quería saber la verdad del asunto, preguntólo al doctor Galdós de Valencia, oidor de México y luego visitador en Guatemala, y al alcalde mayor de Antequera, Martín de Eguirrola, y ambos le contestaron que no recibían sus despachos los ministros sin antes jurar la observancia de las leyes. Por tanto, si juraban cometían pecado mortal con obligación de restituir.77

4. Algo sobre los jueces de residencia

Estos funcionarios fueron tenidos en gran estima por Moreno y, no hay que olvidarlos, las *Reglas ciertas* se dedicaron —por el mismo fray Jerónimo o por quienes las imprimieron— a uno de ellos. Sin embargo, reconoció que estos funcionarios eran tan codiciosos...

...que viene a ser la causa principal de la total ruina de la Nueva España, porque el saber los correferidos y alcaldes mayores, que con mil pesos se podrán librar, y los absolverán de todo los jueces de residencia, les da osadía a añadir cada día nuevos modos de quitar la hacienda a estos miserable indios.78

Para nuestro autor este problema tenía un doble origen. Por un parte estaba la “falta de razón y entendimiento” de los indios, los cuales se contentaban con casi nada o muy poco, tenían muy mala memoria de los agravios que recibían, eran fácilmente engañables y muy cobardes. Por otra, “...la experiencia ha mostrado que el que mejor lo paga ese da mejor residencia”.79

Además, sucedía que los jueces de residencia a veces eran los correferidos o alcaldes entrantes o personas “...que no traen administración de justicia... que suelen ser peores...”.80

Después de ser corrompidos, todos los desmanes que oían sobre los residienciados los atribuían a embustes de los naturales. El pecado de estos malos jueces era mayor que el de los residienciados porque amén de solapar y no castigarles, de algún modo les aplaudían y les daban “tácita

77 Si no se había jurado sólo había pecado mortal (*Reglas ciertas*, 20v.).
78 *Reglas ciertas*, 41.
79 *Reglas ciertas*, 41v.
80 *Reglas ciertas*, 41v. y 57v.
licencia” para que siguieran cometiendo sus pillerías. Además, eran traidores al rey porque no realizaban su cometido de descargar la conciencia real, daban lugar al escándalo y participaban directamente en la condenación de los ministros que, viéndose absueltos por los hombres, morían sin restituir. Para remediar los tremendos males que se seguían de semejantes jueces de residencia, nuestro autor propuso:

- Que las residencias se tomasen fuera de la jurisdicción de los residenciados para evitar las ocasiones de que éstos repriman a los indígenas.
- Que el ministro entrante no residenciara al saliente.
- Que los jueces fueran cristianos.

5. Algo sobre los eclesiásticos y los confesores

Los papeles de las justicias y de los eclesiásticos en los pueblos de indios eran, cuando menos, igualmente significativos. No puede dudarse que en sus respectivas esferas de acción, no siempre muy claramente delimitadas ni respetadas, ejercían una enorme influencia sobre los indígenas. Seguramente por ello Moreno dedicó algunas líneas a los eclesiásticos. Dice que si bien es cierto que no estaban obligados a rechazar los regalos de los indios, no debían obtenerlos gracias a violencias. Téngase presente que nuestro autor consideró que para violentar la libertad de los indios era suficiente insinuarse alguna cosa. Por este tipo de dádivas o por contratos injustos estaban obligados a restituir; es claro que por los negocios justos no tenían que hacerlo pero en sus tratos con los indios, dice Moreno, los eclesiásticos pecaban las más de las veces. Y es que les estaba prohibido tratar, salvo que fueran de ór-

81 Habla ocasiones cuando la licencia era más bien expresa. Así cuando el juez de residencia intervenía en los arreglos que el ministro realizaba con los indios para restituirles menos de lo que les debía: “Y si acaso no quieren [los indios] venir en este concierto, el juez de residencia y escribano y testigos se hacen a uno contra el indio, y le arman mil zancadillas y trampantojos, y en lugar de mandarles volver el sayo, le quitan capa y sayo, y le quitan su hacienda y quietud, y aun la vida yendo y viendo a México”, (Reglas ciertas, 50).
82 Desde luego, también daban lugar al escándalo los demás jueces. Pero en el caso de los de residencia el asunto era especialmente grave ya que su conducta hacía a los indios “mayores ladrones” porque veían que sus jueces eran unos pillos y no les pasaba nada por serlo (Reglas ciertas, 43).
83 Reglas ciertas, 51v.
84 Reglas ciertas, 52.
denos menores y no tuvieran beneficio, y por ello siempre que lo hacían, pecaban. Desde luego, por su particular régimen de vida, a los regulares les estaba del todo prohibido cualquier tipo de negociación personal. Además, los pecados de los hombres que especialmente debían mirar al bien espiritual propio y ajeno causaban mayor escándalo.

En cuanto a los confesores y sus obligaciones en el asunto de las granjerías de los funcionarios de Indias, Moreno señaló la obligación que tenían los del príncipe de aconsejar a su real penitente que eligiera jueces cristianos y temerosos de Dios, ya que los males de la Nueva España eran porque los proveídos por el monarca no guardaban “...ley natural ni derecho alguno a estos miserables indios...”.

La conciencia del rey no quedaba descargada con desatender su obligación de procurar buenos jueces para sus súbditos.

Los confesores de los ministros de Indias estaban obligados, so pena de pecado grave, a preguntar todo lo necesario para lograr que el penitente se confesase bien; este punto no admitía discusión alguna. Por otra parte, si el confesor con culpa lata, o ignorancia crasa o por respetos humanos no mandaba restituir cuando había obligación de que el penitente lo hiciese, estaba obligado a llevarla a cabo él, siempre que de haber ordenado la tal restitución en efecto se hubiese seguido. La razón de ello estribaba en que a este caso se extendían los principios que regulaban la conducta de quien aconsejaba hurtar. La responsabilidad del confesor era solidaria.

III. CONSIDERACIONES FINALES

La voz de fray Jerónimo no fue la única que se levantó para denunciar los males de la sociedad novohispana. Ello lo atestigua una real cédula dictada el 15 de febrero de 1633 en Madrid y dirigida al virrey de la Nueva

---

85 Reglas ciertas, 51v. Incluso, si el beneficiado trataba mediante interpósita persona, sin escándalo y sin perjuicio para los indios, pecaba si los hacía con los de su partido. La razón era que tan pronto los naturales sabían que la mercancía era del curia, por el temor y el respeto que en general le tenían, se ajustaban a cualesquiera condiciones que quisiera imponerles el intermediario. Moreno recomienda (Reglas ciertas, 52v.) a los confesores de estos curas comerciantes que “...teman y huyan de confesar a semejantes penitentes”.

86 Reglas ciertas, 52.
87 Reglas ciertas, 44v.
88 Reglas ciertas, 45-45v.
89 Reglas ciertas, 48.
España para que se castigasen los pecados públicos por ser éstos causa de los males con que Dios había ejercitado la paciencia de los españoles:

...por relaciones y avisos de ordinario vienen de esas provincias [de la Nueva España], como por lo que me han informado personas celosas de mi servicio que han venido de ellas, he entendido la relajación de costumbres y vida licenciosa que hay en todo género de gente, sin que los ministros de justicia que los debían corregir y castigar lo hagan, atendiendo más a intercesiones y fines particulares que a cosa tan importante y de su obligación, mostrándose apasionados sólo contra la gente pobre y desvalida de la república, que es la que de ordinario recibe las molestias y vejaciones, sin que tenga recurso de remedio.90

Poco tiempo después, Juan de Palafox91 se quejó de la general corrupción en que vivían nuestros antepasados. Y es que, sin duda, los de valía, aquí y allende el Atlántico, se daban perfecta cuenta de que las cosas estaban mal: no en balde una de las grandes preocupaciones de los morales de arbitrios de entonces fue la decadencia del estado y muchos no dudaron en señalar que una de sus causas principales eran los pecados contra la justicia que cometían los funcionarios reales. Era imposible soslayar lo que san Agustín de Hipona había dicho sobre los reinos injustos: ¿qué son sino latrocinios?92

Lamentablemente las denuncias sólo sirvieron para que la Corona siguiera dictando normas cuya eficacia, en muchas ocasiones, fue puesta en jaque o de plano nulificada por funcionarios corruptos. Además, según lo dicho por fray Jerónimo y lo atestiguado por otros muchos, al parecer partes más o menos amplias de la sociedad española se hicieron cómplices de los corregidores y alcaldes mayores en sus vejaciones a los indios. Los lazos de parentesco, los negocios en común, la necesidad de valerse de los indígenas —formalmente protegidos— para toda clase de trabajos y la existencia de una compleja y delicada red de conveniencias entre burócratas y criollos, explican las mentiras y los

90 En Ministerio de trabajo y Previsión, Disposiciones complementarias a las Leyes de Indias, Madrid, Imprenta Saez Hermanos, 1930, t. II. núm. 491.
92 Citado por santo Tomás de Aquino en su sermón sobre el séptimo mandamiento; en Aquino, santo Tomás de, Los mandamientos, México, Editorial Tradición, 1973, p. 159.
encubrimientos en las residencias y visitas. Los jueces de residencia y visitadores, muchas veces funcionarios como Quiroga y Palafox, venidos de España y sin nexos mayores con la tierra, debían ser engañados para que con su gestión no se alterase un status quo que, en última instancia, beneficiaba a todos los blancos. Entre algunos de los cuales se creía que se tenía derecho al cargo, ora por méritos propios ora por los ajenos. Esta forma de ver las cosas creó en algunos agraciados y en ciertas porciones de la sociedad la convicción de que los oficios de la república se conferían para el personal enriquecimiento.

Desde luego, las vejaciones son parte importante, aunque no la única, en la explicación de muchas de las rebeliones indígenas. En el caso de la realidad oaxaqueña —escenario de las pillerías que describió nuestro autor— los naturales se sublevaron en Nexapa y Tehuantepec (1660-1661) y, al decir del obispo de Antequera Alonso de la Cueva y Dávalos, la culpa de lo ocurrido era de los alcaldes mayores, uno de los cuales, Juan de Avellán, recibió la muerte junto con tres de sus criados.93

Pero tampoco estos levantamientos remediaron las cosas. Existen bastantes testimonios tardíos sobre la corrupción de funcionarios locales y distritales. Así, por ejemplo, el viajero español Tomás de Comyn, quien visitó Villalta, provincia de Oaxaca, a principios de siglo XIX, vio al subdelegado de aquel partido realizar una práctica idéntica a alguna de las descritas por fray Jerónimo.94

Quizá las defensas que alcaldes y jueces esgrimieron para justificar su conducta lograron convencer a algunos. Fray Jerónimo señala algunas y las rebate. Conviene que nos detengamos un momento en este punto, no sólo por lo que ilustra sobre aquellos tiempos sino que también por lo que puede decir de los nuestros. Algunos afirmaban que las ordenanzas dictadas para los corregidores y alcaldes sólo eran directrices más o me-

93 Carta de 28 de mayo de 1661 al virrey duque de Alburquerque, en Díaz-Polanco, Héctor, y Carlos Manzo (comps.), Documentos sobre las rebeliones indias de Tehuantepec y Nexapa (1660-1661), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1992, pp. 41-43. También ver, entre otros, los documentos núm. 4 (vejaciones que sufren los indios de manos de los justicias), núm. 10 (aparece el intérprete indio del alcalde como uno de sus aliados), núm. 27 (los repartimientos causas de los levantamientos) y núm. 33 (informe del obispo). Sobre el mismo asunto, ver las relaciones de Juan de Torres, de Antonio de Robles y de Mános de Contreras en García, Genaro, (comp.), Tumultos y rebeliones acaecidos en México, México, Librería de la Vida de Ch. Bouret, 1907, pp. 27-229.

94 Comyn, Tomás de, Apuntes de un viajero, o cartas familiares escritas durante la insurrección del reino de México, en 1811, 12, 13 y 14, Madrid, Imprenta de Miguel de Burgos, 1843, p. 99.
nos generales, no leyes, y que por tanto su letra no obligaba bajo pecado;\textsuperscript{95} o bien, que si eran leyes pero meramente penales, y por ello sólo obligaban al pago de la pena y no a la culpa.\textsuperscript{96} Que sus contratos con los indios traían prosperidad para éstos, amén del dinero suficiente para que pudieran los naturales pagar sus tributos y atender a sus necesidades familiares;\textsuperscript{97} por otra parte, que los sueldos que recibían no eran suficientes para vivir y por ello necesitaban las granjerías.\textsuperscript{98} Algunos jueces de residencia decían que no condenaban al corregidor o alcalde residenciado a la restitución porque los tales funcionarios ya eran pobres.\textsuperscript{99}

En cuanto a fray Jerónimo podemos decir que las fuentes que empleamos nos lo presentan como fuertemente influido por santo Tomás y fray Domingo de Soto, a quienes cita mucho; por ello y por su preocupación por la justicia con los indios puede tenersele como uno de los tantos varones que en Indias hicieron eco de las doctrinas de los grandes teólogos del siglo XVI.

Por último, nos parece que queda claro que para el estudio y la inteligencia debida de los problemas de la ética profesional durante una buena parte del periodo indiano, como queda probado con la obra de fray Jerónimo, hay que acudir a la teología moral. El análisis de los aspectos normativos, evidentemente, es útil y necesario, pero no debe ser el único camino. La regulación y el control de la vida de aquellos que se vincularon profesionalmente con el mundo jurídico durante la etapa hispánica es como una moneda: en una cara está el fuero externo y en la otra el interna. Y es que la conducta del hombre, en nuestra opinión, tiene y siempre ha tenido, dos caras.

\textsuperscript{95} Reglas ciertas, 19v.
\textsuperscript{96} Reglas ciertas, 22. Por lo dicho antes es claro que, en general, las leyes sobre tratos y contratos de los ministros de justicia no eran puramente penales, sino que preceptivas y penales y que por ello tanto obligaban por el pecado que pudiera cometerse por su inobservancia como al pago de la pena que establecían. En cuanto al pecado, naturalmente era grave o venial según la materia.
\textsuperscript{97} Reglas ciertas, 22.
\textsuperscript{98} Reglas ciertas, 18v.
\textsuperscript{99} Reglas ciertas, 43v. Tal conducta era, según nuestro autor, como robar para dar limosna.